



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional

De mitos y fantasmas. Construcciones discursivas de la prensa conservadora sobre la nación, sus enemigos y amenazas durante el golpe de 1976

Marcelo Pereyra

Actas de Periodismo y Comunicación, Vol. 2, N.º 1, diciembre 2016

ISSN 2469-0910 | <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/actas>

FPyCS | Universidad Nacional de La Plata

La Plata | Buenos Aires | Argentina

De mitos y fantasmas. Construcciones discursivas de la prensa conservadora sobre la nación, sus enemigos y amenazas durante el golpe de 1976

Marcelo Pereyra

marceloper66@gmail.com

Ciencias de la Comunicación
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad Nacional de La Plata
Argentina

Resumen

En marzo de 1976 la Argentina atravesaba por una situación sumamente delicada. El gobierno de María Estela Martínez de Perón era la presa codiciada por militares y civiles interesados en aniquilar a las organizaciones armadas e inscribir al país dentro del liberalismo económico. En ese contexto este trabajo realiza en los editoriales de los diarios *La Nación* (en adelante LN) y *La Prensa* (en adelante LP) un análisis sobre la producción de sentidos en torno a la idea de nación. Los resultados abren un debate acerca de la utilización política de las construcciones identitarias y de las ideas nacionalistas de la época.

Introducción

“El mito es la última verdad de la historia, el resto es efímero periodismo” (Jorge Luis Borges, *Textos Recobrados*).

Esta investigación se inserta dentro del proyecto UBACyT “La comunicación pública de la nación y la nacionalidad en la Argentina. Tensiones entre política, violencia, justicia y memoria”, que tiene entre sus objetivos el estudio sincrónico y diacrónico de los modos en que se comunica, interpreta y discute públicamente la identidad nacional y la nación argentina, sus habitantes y sus referentes identitarios. Uno de los casos de estudio del proyecto comprende el período de la dictadura cívico-militar 1976-1983, siendo la presente una primera exploración que se centra en el discurso de la prensa gráfica diaria, de tendencia liberal-conservadora, en las vísperas del golpe de 1976. Se considera que LA y LN son los representantes tradicionales de esta prensa. Aunque con algunas contradicciones y disensos, puede afirmarse que tienen dos rasgos comunes: sostener posiciones ideológicas afines con las de las clases dirigentes y ser sus orientadores políticos (Sidicaro, 1993; CEES, 1970; Pereyra, 2013).¹

La investigación examina únicamente los editoriales.² Este género de opinión expresa el pensamiento institucional –autorizado, podría decirse– del diario. En materia política el editorial cumple una función ideológica clave: definir en cada coyuntura lo que está bien y lo que está mal. Proponer estas creencias evaluativas (Van Dijk, 1995) es una tarea necesaria ante la complejidad de ciertos acontecimientos. Los editoriales identifican los principales problemas, interpretan sus orígenes e indican sus soluciones. La particularidad de los editoriales de diarios como LP o LN es que su mensaje está dirigido principalmente al poder. Cuando dictaminan sobre lo que es bueno/malo –o correcto/incorrecto– lo hacen en función de los intereses de las clases dirigentes (Pereyra, ob. cit.). La historia demuestra que cuando la acumulación de capital y/o la dominación política de estas clases parecen estar en riesgo, ambos diarios suelen

¹ Por clases dirigentes se entienden a grupos, empresas y sujetos, nacionales y extranjeros, propietarios de grandes extensiones de tierra explotable y de los medios de producción y de comercialización, interna y externa, de bienes industriales y agropecuarios.

² En 1976 *La Prensa* y *La Nación* publicaban entre tres y cuatro editoriales por día, uno de los cuales era el principal. De entre estos últimos se seleccionaron 22, publicados por los dos diarios entre el 2 y el 29 de marzo de 1976.

reclamar vehementemente el retorno por cualquier vía al *status quo*.³

Las vísperas

La situación política y económica de marzo de 1976 era conflictiva en varios aspectos. Por un lado, una fuerte crisis económica, a la que hay que añadir una conflictividad política y gremial, producto, entre otros factores, de la muerte del ex presidente Juan Perón, de la acción golpista de algunos partidos de la oposición y medios de comunicación, y de la incapacidad del gobierno de María Estela Martínez de Perón para resolver las cuestiones más sensibles. Además, en materia de política exterior las clases dirigentes recelaban del acercamiento al Movimiento de Países No Alineados, y particularmente de las buenas relaciones que se habían establecido con Libia, el enemigo favorito de EEUU en ese momento. Y a todo ello se sumaba una violencia política que se había hecho cotidiana.

1-En materia de política económica los editoriales de los dos matutinos construyeron una imagen de un país inmerso en una crisis terminal. Por ejemplo, para LN (10-3-76) había un exagerado déficit fiscal que era la consecuencia de un gasto público desbordado, un argumento del liberalismo económico que se repite hasta nuestros días. También se reclamaba por el incumplimiento de pagos con "el exterior", otra histórica bandera liberal. Para LN la crisis era de tal magnitud que sembraba el caos "dentro de las fronteras nacionales", destruía "el prestigio externo de la República" y deshacía "el aparato productivo del país" (6-3-76). Por su parte, LP entendía que la situación económica era un "descalabro" cuyas consecuencias "hoy pagan todos los argentinos", y, reiterándose, señalaba que "lo real y actual son los escombros del desastre que sufren todos los argentinos" (13-3-76). LN coincidía en señalar que "el

³ Cuando Hipólito Yrigoyen ganó su primera elección presidencial LP le advirtió: "Somos, queremos ser, una sociedad orgánica, tradicional y definitivamente conservadora de sus conquistas institucionales, económicas y sociales. (...) He aquí el gran programa conservador que le impone (al gobierno) la República, bajo el apercibimiento solemne de que de no observarlo, fracasará y será batido y desalojado del poder" (13-8-1916). Para LP el programa conservador, es decir, el de las clases propietarias, era el de toda la República. Ello equivaldría a decir que estas clases *eran la República*. Como quiera que sea, la advertencia de LP se cumplió con el golpe de 1930, que su colega LN explicó como una consecuencia de la decisión de Yrigoyen de no haber respondido a los deseos de las elites pues, por el contrario, el líder del radicalismo, según este diario, había preferido "cultivar el favor de las masas menos educadas en la vida democrática, en desmedro y con exclusión deliberada de las zonas superiores de la sociedad" (CEES, ob. cit.; p. 80).

país entero" era un "extendido desastre" como consecuencias de la política oficial. Ese editorial del 2 de marzo concluía con una drástica afirmación: "Entretanto, el país ha sido colocado al borde de la cesación de pagos", en la que es evidente la intención de acentuar el tono crítico pues bien podría traducirse "al borde de la cesación de pagos" como "al borde de un precipicio". Como sea, según LN el país había sido víctima de "una combinación nefasta entre la ineptitud para gobernar y la corrupción que ha hecho estragos en la República" ("La gravísima crisis económica", LN, 10-3-76). LP coincidía: "Sin plan y sin rumbo" (título del editorial del 21 de marzo).⁴

LP exhibió una especial preocupación por la salud de los negocios agropecuarios. En el editorial del 8-3-76 advirtió que las dificultades para comercializar granos perjudicaban "el interés general del país" (14-3-76). El responsable era el gobierno, que –según LP– se quería quedar con los ingresos del sector "para subvenir el gasto improductivo que le impone un aparato burocrático demagógico, con el que está esquilmando al país bajo el pretexto de mantener el pleno empleo". Se advierte con claridad que se pretendía argumentar que no era un sector de productivo el que estaba siendo perjudicado por las políticas del gobierno sino la totalidad de la actividad económica. Dicho de otra forma, se estaba homologando "el interés general del país" con el interés del sector agropecuario. Comparando la economía argentina con la de otros países, LN (14-3-76) diagnosticó que Argentina era, desde hacía muchos años, un país estancado, incluso en retroceso, que debía aprender de los países vecinos (léase Brasil) para avanzar, integrándose económicamente con el mundo para trazar "un rumbo de progreso y de empuje hacia el futuro".⁵

El remate del artículo es una apología de la argentinidad, pues sostiene que hay que alentar en el pueblo argentino "una sana ambición de grandeza, no porque se advierta que otros la proclaman como meta sino porque un destino nacional irrenunciable así lo

⁴ Llama la atención la virulencia de estas críticas a la política económica ya que ésta, en buena medida, estaba inspirada en ese momento en las clásicas recetas del liberalismo. Incluso se la ha considerado una suerte de ensayo del plan económico que implementó la dictadura (Cf. Saidon, 2016). Si esto fue así, las críticas de los dos diarios no eran de tipo conceptual, sino que deberían ser inscritas dentro de una estrategia de debilitamiento del gobierno constitucional.

⁵ Esta visión era compartida por algunos sectores de las FFAA. Los efectivos de la Fuerza Aérea que se alzaron en diciembre de 1975 publicaron en uno de sus comunicados que "la grave situación económica, moral y social" agobiaba a la nación y la había sumergido "en un destino que históricamente no merecemos, mientras nuestros vecinos prosperan en paz y trabajo" (Verbitsky, ob. cit.; p. 138). Recuérdese que en ese momento los prósperos vecinos -Chile, Bolivia, Uruguay y Paraguay- estaban en manos de dictaduras militares, propiciadas por EEUU, que coordinaban sus acciones de inteligencia y represión a través del Plan Cóndor.

impone”.⁶

2- Los desmanejos del gobierno en materia de política exterior, según los editoriales analizados, afectaban la imagen del país. LP (6-3-76) censuraba las alianzas que había hecho el gobierno argentino con ciertos países. Sostenía que habían alejado a la Argentina de donde el diario imaginaba que debía estar: cerca de “los grandes países de la cultura occidental”. En cambio, esas mancomuniones “lanzaban” a la nación a “un ‘Tercer Mundo’ compuesto por pueblos primitivos y otros que, a lo largo de la historia milenaria no han conseguido salir del subdesarrollo y el atraso”. Y daba ejemplos: “Brasil se asoció con Alemania para explotar energía nuclear. Nosotros con Libia”. Esta línea política le había restado a la Argentina, según el editorial, ascendente y poder en la región ya que Paraguay, Uruguay y Bolivia habían caído “en la esfera de los intereses de Brasil”. En este marco, es muy significativa la imagen internacional del país que el diario de los Mitre presentó en su editorial del 9 de marzo:

“La Argentina, a pesar de sus múltiples vicisitudes internas en los últimos tiempos, a despecho inclusive de sus problemas políticos y económicos, ha conquistado casi desde el primer momento de su constitución como Estado soberano un lugar de jerarquía relevante entre los pueblos del mundo. (...) El prestigio de la República ante el concierto de las naciones del mundo constituye un capital cuya formación es larga (...)”.

Resulta llamativo el énfasis en el supuesto lugar de “jerarquía relevante” y en el “prestigio” que el país tendría en el mundo, cuando la realidad indicaba que la Argentina era un país periférico, dependiente, crónicamente endeudado y escasamente industrializado. Por lo tanto, lo que se estaba poniendo en evidencia era un rasgo de “patriotismo mediático” magnificado. Un imaginario funcional al “mantenimiento de los sentimientos de pertenencia nacional” (Waisbord, 2007).

3- Con respecto a la violencia política, los editoriales raramente aludían al accionar de la Triple A y apreciaban el desempeño represivo de las fuerzas militares dentro de un

⁶ En consonancia con estas grandilocuentes ideas, el gobierno justicialista había lanzado una campaña publicitaria con el lema “Argentina Potencia” que parecía destinada a soslayar todos los aspectos críticos de la realidad y, en cambio, propagar la idea de un país sólido y en vigoroso crecimiento.

marco de legalidad y legitimidad (Franco, 2012), ignorando o soslayando toda denuncia o sospecha de lo que más tarde se denominarían como “excesos represivos”. De esta forma, asociaban la violencia política exclusivamente con las operaciones de las organizaciones armadas. Pese a que ERP y Montoneros tenían como blancos primordiales efectivos e instalaciones de las fuerzas armadas y de seguridad en los grandes centros urbanos, los editoriales aseguraban que las consecuencias de sus acciones alcanzaban a toda la población y a todo el territorio:

“La subversión de izquierda del extremismo ideológico y el terrorismo –sea cual fuere su signo- han hecho un daño inmenso al país (...) Es indispensable acrecentar los esfuerzos para desarmar a cuanta banda subversiva actúe en nuestro territorio (...) Se juega nada menos que nuestra propia integridad como nación civilizada” (LN, 17-3-76).

Tanto para LN como para LP, -y para el resto de la prensa- las organizaciones armadas estaban controladas y/o financiadas desde el exterior del país por personas, organizaciones o gobiernos que nunca eran identificados. Pero los diarios no eran los únicos que alertaban acerca del enemigo externo. Los partidos políticos tradicionales y los militares venían haciendo lo propio desde hacía por lo menos diez años atrás; concretamente desde que en esos sectores habían recalado las ideas-fuerza de la “Doctrina de la Seguridad Nacional” (Cf. Pereyra, 2013). El gobierno mismo de la señora de Perón abonó esa tesis para victimizarse frente a la sociedad. Cuando clausuró el diario *La Opinión*, el 21 de febrero de 1976, emitió un comunicado en el que afirmó que había una “generalizada campaña periodística” dirigida por la “subversión antinacional” destinada a confundir a “la opinión pública”, “deteriorar la imagen del gobierno” y “sumir a la Nación en el caos” (En Saidon, ob. cit.; p.135). De esta manera se promovió un miedo a lo desconocido, al caos y a la violencia que posicionó a las FFAA como único actor político capaz de controlar la situación y legitimó todas sus acciones ilegales, comenzando por el derrocamiento del gobierno constitucional.

Nunca, en el período bajo análisis, los editoriales explicaron o describieron las causas, motivaciones o antecedentes de la lucha armada. Se trató de un fenómeno *creatio ex nihilo* que registraron bajo designaciones fantasmáticas como “sinarquía internacional”, “subversión apátrida” o “subversión internacional”. El fácil recurso al discurso conspirativo asociado a factores externos fue funcional a la invisibilización de las problemáticas socioeconómicas internas, de modo que estos discursos no solamente

situaron el origen de la guerrilla en el exterior del país sino también en el exterior de la sociedad argentina.

Las organizaciones armadas, según LN (17-3-76), tenían como objetivo apropiarse de porciones del territorio nacional, pero las FFAA habían “echado por tierra con cualquier esperanza de la subversión internacional de declarar en nuestra tierra una ‘zona liberada’” (LN, 16-3-76).

En los editoriales el espantajo de la “subversión” ponía en peligro “la nacionalidad o el ser nacional” (Franco, ob. cit.; p. 276). Este enemigo actuaba bajo una bandera “que no es la nacional”, con una doctrina “que no es la de la mayoría del pueblo” y con un “sistema operativo asimilado al de los invasores de las bandas mercenarias” (LN, 22-1-74, en Franco, ob. cit., p. 276).⁷

El incendio

Producido el golpe cívico-militar, ambos diarios tomaron dos actitudes similares: celebrar la asonada y adherir -en general- a los “propósitos” y “objetivos básicos” que la habrían guiado. El editorial de LP del 27 de marzo elogió la proclama que había emitido la junta militar. El documento castrense presentaba una concepción inclusiva de la nueva etapa de la vida nacional:

“Esta decisión (el golpe) persigue el propósito de terminar con el desgobierno, la corrupción y el flagelo subversivo y sólo está dirigida contra quienes han delinquido o cometido abusos de poder. Es una decisión por la Patria y no supone, por tanto, discriminaciones contra ninguna militancia cívica ni sector social alguno (...)”.

“No será un gobierno patrimonio de sectores ni para sector alguno. Estará imbuido de un profundo sentido nacional y sólo responderá a los más sagrados intereses de la Nación y sus habitantes”

“(…) Todos los sectores representativos del país deben sentirse claramente

⁷ La presidenta María E. Martínez extendió la utilización del ideograma de la subversión a otras áreas. En su discurso en la CGT del 10-3-76 afirmó que “detrás de toda esta subversión armada, subversión política (...) subversión especulativa en quienes propician el terrorismo periodístico como sistema” (...) (están) “los profesionales de la insurrección, los que propician el caos” (...) (En Saidon, ob. cit.; p.203).

identificados y por ende comprometidos en la empresa común que conduzca a la grandeza de la Patria".⁸

El editorialista de LP opinó sobre estos párrafos que "sólo la idea de Patria aparece como el común denominador de una ciudadanía ávida de reparaciones salvadoras". Es decir, que "la idea de Patria" funcionaba aquí como elemento aglutinador y, al mismo tiempo, legitimador de la violación de la Constitución que se acababa de perpetrar.⁹ En esta acción, sin embargo, aquel editorial solo veía el fin de un suplicio. Asumía que en "todos" había "una sensación de alivio, un aflojamiento de tensión psíquica", gracias a que las FFAA habían "abatido" a un "régimen corrupto y corruptor". LN, por su parte, aseveraba que durante el gobierno constitucional "la sociedad" y "el hombre argentino" se habían deteriorado y que "el ciudadano" se sentía defraudado por el "incumplimiento de los planes prometidos". Así, la "ilusión de un gran destino nacional" debió resignarse, y "cada vez nuestro hombre tuvo que conformarse con menos, no ya con cosas superfluas, sino en las que justifican y dan sentido al esfuerzo del trabajo diario y que antes eran accesibles" (29-3-76). Se verifican en este tramo los imaginarios de un pasado lejano que había sido mejor y de un futuro que *ahora* era venturoso. Es notoria también la intención de subsumir la multiplicidad de ideas y sentimientos de los habitantes del país en los ideologemas "hombre argentino", "sociedad", "ciudadano", y en el sorprendente "nuestro hombre", indicativos todos de la intención de construir una mismidad identitaria.

La imagen del país, o mejor la del nuevo gobierno, era un aspecto que preocupaba a los editorialistas. Se ansiaba que la Junta Militar fuera aceptada en el "concierto de las naciones", pero sobre todo por los países industrializados, tradicionales consumidores de materias primas argentinas. Por un lado, los negocios del sector agropecuario no se debían interrumpir y, por el otro, era necesaria una validación internacional de la quiebra de la Constitución. LP (28-3-76) se regocijó por la rapidez con la que varios gobiernos –entre ellos el de los EEUU– reconocieron al gobierno militar. En esa "atmósfera de comprensión internacional inmediata", la Junta, según LP, había fijado "la posición internacional del país de acuerdo con las mejores tradiciones argentinas en la materia". Lo cual puede leerse como que en realidad se había operado un realineamiento, y la imagen del país ya no sería ligada a la del mundo en desarrollo

⁸ En Verbitsky, ob. cit.; p. 148.

⁹ A la luz del terror impuesto por las FFAA antes y después del golpe, aquella proclama militar fue declaración vacía de sentido, una impostura.

sino a los países industrializados, a sus políticas, sus valores y sus preceptos. En términos muy parecidos se expresó LN el 26-3-76: "El pueblo argentino tiene el derecho a confiar en que sus esperanzas hallarán ecos semejantes en otros pueblos". El editorialista esperaba que se tuviera "hacia nosotros una comprensión franca y solidaria". Es significativo que, al igual que en el editorial de LP, se aludiera a la "comprensión" de otros pueblos y gobiernos. ¿Acaso LP y LN estaban pidiendo disculpas por el derrocamiento de un gobierno constitucional y democrático? Es para subrayar también que no se esperara una comprensión hacia el nuevo gobierno, sino hacia un "nosotros" que incluía al diario y a sus lectores. Para corroborar esta construcción el editorial de LN aseguraba que el "pueblo argentino" (no su gobierno) iba a agradecer esa actitud complaciente: "El pueblo argentino, celoso de su autonomía y de su personalidad nacional, recibirá esa comprensión como un estímulo a sus viejas convicciones sobre la realizable fraternidad internacional". Se observa en estos argumentos una clara intencionalidad de fundir en una sola entidad al "pueblo" y al gobierno militar con el diario como "observador participante". Esta fantasmática figura venía a darle una pátina de legitimidad a la violación del orden constitucional, pues por lo general nada de lo que se hace *en nombre de o a favor del* pueblo parece ser criticable.

Los dos diarios dieron entender que en toda la nación había un clima de esperanza y expectativas favorables, aunque seguía habiendo enemigos agazapados: "Hay un país que tiene valiosas reservas de confianza, pero también hay un terrorismo al acecho" (LN, 25-3-76). LP coincidía en afirmar que las primeras medidas adoptadas por la Junta "han generado confianza" (27-3-76). Hay en esta frase una elisión del sujeto que parece muy conveniente para sugerir una homogeneidad en el pensamiento social que en realidad no existía, pues pese a la crítica generalizada hacia la administración de María Estela Martínez de Perón, creada por sus errores y limitaciones, por los condicionamientos políticos y sociales y por la acción destituyente de la prensa gráfica, la memoria colectiva registraba que ningún gobierno militar había solucionado los conflictos y problemas sino que los había agravado.

Epílogo muy preliminar

En todos los aspectos que se acaban de examinar no se observaron diferencias conceptuales significativas entre LN y LP. Del análisis de sus editoriales surgen varios

aspectos de interés. En primer lugar, el énfasis puesto en que la totalidad del país estaba afectada de manera semejante por el conjunto de problemas que se señalaban. Esta operación discursiva, mediada por el abuso de la hipérbole, fue funcional para dramatizar la ya de por sí conflictiva situación existente. Por otro lado, es sugestiva la identificación de los problemas de algún sector en particular, sobre todo el agropecuario, como el problema de "todos los argentinos". Esto homologaba un interés sectorial a un "interés común" y de esa forma se legitimaba el reclamo editorializado. En segundo lugar, cabe destacar las distintas formas de aludir a la totalidad de *lo nacional*: "el país", "los argentinos", "la Argentina", "la República", "los ciudadanos", "el ciudadano medio", "la ciudadanía", "la Nación" y "la Patria". Si bien no era el objetivo de este trabajo realizar un estudio lingüístico detallado, en líneas generales puede decirse que los apelativos "país", "Nación", "Patria" y/o "República" fueron utilizados cuando se quiso enfatizar al máximo la gravedad de un cierto asunto. Mientras que los diarios apelaron a "ciudadanos", "argentinos" o "ciudadanía" cuando describieron las sensaciones y/o los problemas que tal o cual asunto podría estar causando en los habitantes del país.

En tercer término, la idea de un país como un todo indiviso e indiferenciado se entronca con la de una nación como una "comunidad política imaginada" (Andersen, 1993:23). En la Argentina, afirma Zanatta (2010), siempre existió una obsesión por imponer un "ethos nacional". Este "síndrome de la unanimidad", sostiene, no sólo ha perseguido una unión nacional genérica sino también una "unidad de esencia", una argentinidad irrefutable. En los editoriales, el estilo con el que fue imaginada esa supuesta comunión de iguales fue el de una nación seriamente amenazada por enemigos internos y externos. La figura de la nación en riesgo también fue reiteradamente utilizada por sindicalistas, políticos y militares. El gobierno también la usó sumándole la figura de la traición: en un discurso en la CGT, el 10-3-76, la Presidenta denunció que había quienes proclamaban "nuestra quiebra como nación, como gobierno y como pueblo" (...). "Quienes así proceden -agregó- son hombres de mala fe, apátridas y antiargentinos. Traidores a la Nación" (En Saidon, ob. cit.: 199). El fragmento del discurso presidencial introduce un cuarto aspecto: las construcciones identitarias. Así como la Presidenta en ese discurso conformó un Nosotros con nación-pueblo-gobierno, y un Otros con los críticos de su gestión, a los que no llamó gorilas o antiperonistas sino anti argentinos, los editoriales hicieron lo propio mediante dos construcciones: un Nosotros integrado por el diario y sus lectores -aspecto muy visible en los editoriales de LN-, con el gobierno como el Otro; y un Nosotros constituido por el diario, sus lectores y las FFAA, versus las organizaciones armadas como el Otro. En

las dos construcciones identitarias la otredad era, por distintas razones, indudablemente negativa y por lo tanto debía ser combatida y eliminada. Y aquí aparecía nuevamente en los editoriales el mito de la patria agredida, "en un sentido reductivo y esencialista" (Franco, ob. cit.: 273). Bajo ese mito todo se justificaba: desde conspirar contra un gobierno constitucional hasta el terrorismo de Estado. Esto último lleva a considerar un quinto punto: la fuerte impronta nacionalista detectable en los editoriales. Hay en ella dos vertientes: la primera podría sintetizarse en el lema "La violencia es el otro". Es decir, la colocación de la violencia política no sólo fuera de la sociedad sino también del país y la utilización de esa externidad como chivo expiatorio. Como ya se indicó, la violencia política era asociada únicamente a las organizaciones armadas y a éstas, a su vez, se las concebía inspiradas y controladas desde el exterior del país por grupos y/o gobiernos que subrepticamente infiltraban individuos e ideas en todas las áreas de la vida social e institucional: las escuelas, las fábricas, las universidades y hasta los hogares podían ser *locus* de "adoctrinamiento marxista". La subversión, en tanto que ideologema, fue entendida desde los discursos editoriales, y también desde los militares, como una "antipatria contra la argentinidad" (Franco, ob. cit.:273). La segunda vertiente se conecta con el inflado imaginario que pensada a la Argentina como un país superior, desarrollado y culto, reconocido en los foros internacionales y potencia regional, con un pasado glorioso. En suma, un país fantasmático, de leyenda, propio de los textos escolares. Ambas vertientes abrevaban en una ideología nacionalista de viejo cuño que todavía en marzo de 1976 impregnaba los discursos de amplios sectores sociales y políticos. Como ya se mencionó, esos discursos invocaban un cierto *ethos* que hacía centro en la identidad, la nacionalidad y, en definitiva, en la argentinidad (Zanatta, ob. cit.).

En esa matriz nacionalista las FFAA ocupaban un lugar de privilegio: históricamente imaginadas como principales garantes de la existencia de la Nación y defensoras de sus símbolos y valores, las construcciones discursivas que se han reseñado contribuyeron a crear un consenso general en el que ellas eran la única solución para superar la crítica situación de marzo de 1976. Sin embargo, teniendo en cuenta que los militares y sus socios civiles produjeron un endeudamiento externo gigantesco e impusieron la especulación financiera para regresar al "país-potencia regional" –o a la nación prestigiosa- a un modelo pastoril -en el que daba lo mismo fabricar acero que caramelos-, hay que sospechar que las ínfulas nacionalistas pudieron haber sido una sincera convicción, pero en los hechos funcionaron como una coartada justificadora del terrorismo de estado como técnica de control social, aniquilación de adversarios políticos e imposición de un plan económico afín a los designios del Nuevo Orden

Neoliberal. En nombre de la nación -esto es, en nombre de un mito- se violó el orden constitucional, se destruyó el aparato productivo y se cometieron los crímenes más aberrantes.

Bibliografía

Anderson, Benedict (1993): *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, FCE.

Centro de Estudios Económicos y Sociales (CEES) (1970): *Cien años contra el país*. Buenos Aires, Sindicato de Luz y Fuerza/Editorial 2 de octubre.

Franco, Marina (2012): *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y "subversión", 1973-1976*. Bs. As., FCE.

Pereyra, Marcelo (2013): "Política, discurso y prensa popular: la figura del "enemigo interno" (1916-1930; 1943-1946 y 1969)". Ponencia en las Jornadas de la Carrera de Ciencias de la Comunicación, FSOC-UBA, "Comunicación y Ciencias Sociales. Legados, diálogos, tensiones y desafíos", Bs. As., 27, 28 y 29 de noviembre.

Saidon, Graciela (2016): *La farsa. Los 48 días previos al Golpe*. Bs. As., Planeta.

Sidicaro, Ricardo (1993): *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación 1909-1989*. Bs. As., Sudamericana.

Van Dijk, Teun (2000) "La opinión y la ideología en los editoriales". En *Racismo y análisis crítico del discurso*. Barcelona, Paidós.

Verbitsky, Horacio (1987): *Medio siglo de proclamas militares*. Bs. As., Editora/12.

Wainsbord, Silvio (2007) "Los medios y la reinención de la nación". En Luchessi, Lila y Rodríguez, María Graciela (coord.) *Fronteras globales. Cultura, política y medios de comunicación*. Bs. As., La Crujía.

Zanatta, Loris (2010): "La dictadura militaire argentine (1976-1982): Une interprétation á la lumière du mythe de la 'Nation catholique'". Disponible en <https://www.cairn.info/revue-vingtieme-siecle-revue-d-histoire-2010-1-page-145.htm>